FL DRPS FA/0788
0500767908

129.

SAINETE

INTITULADO:

EL TRIUNFO DE LAS MUGERES.

(Para diez personas.)

VALENCIA:
IMPRENTA DE D. ILDEFONSO MOMPIÉ DE MONTAGUDO.
Año 1842.

PERSONAS.

EL ALCALDE.

JUAN, tonelero.

PEDRO, majo.

D. BLAS, maestro de escuela.

D. DIEGO, sufrido.

ANA, maja.

PEPA, sosa.

Doña JUANA, usía.

Doña PETRA, embarazada.

UN ESCRIBANO.

CALLE LARGA CON DOS PUERTAS USUALES Á CADA LADO y una al foro. Salen por la derecha Don Blas, Don Diego, Juan y Pedro; y detrás Ana, Pepa, Doña Juana y Doña Petra.

Muger. Escuchad, hombres crueles.
Homb. En vano son las querellas.
Ana. Mira mi llanto...
Juan. Es cansarse.
Pepa. ¿No te ablandas?
Pedro. Soy de piedra.
Petra. ¿Así me dejas, ingrato?
Blas. Hija mia, no me muelas.
Petra. ¿En qué he podido ofenderte?
Blas. En nada, hijita; no temas
que yo te escuche.
Petra. Pues dime,
¿por qué motivo me dejas?
Blas. Porque ya desengañados
estamos de lo molestas
que son ustedes; y así
hemos hecho nuestras cuentas,
y vemos que sin mugeres
lo pasaremos de perlas.
Muger. ¿Eso habeis resuelto?
Homb. Sí.
Juana. ¡Pobre Juana!
Petr. ¡Infeliz Petra!
Blas. No hay que ablandarse.
Homb. Eso no,
seguro está.
Petr. Nuestras quejas
oirá el alcalde.
Blas. El alcalde
verá bien lo que decreta,
porque sino las habrá
con el maestro de escuela;
porque en semejantes casos
en que el decoro se arriesga,
si él tiene vara, yo tengo
los palotes á docenas.
Muger. Tened piedad.
Homb. No la esperen.
Blas. ¡Qué mugeres tan postemas!
Cuando un hombre las buscaba,
todas se hacian de pencas,
y ahora que ya no queremos
ni mirarlas, se nos pegan
como garrapatas; vamos
á ver al alcalde.
Petr. Espera,
inhumano cocodrilo.
Blas. ¡Hos! de aquí, malditas bestias.
Muger. Escuchad.
Homb. ¡Hos! vagamundas.
Las osean con las capas, y salen el alcalde y el escribano.
Alc. ¿Qué escándalo y bulla es esta?
Muger. Señor alcalde, justicia.
Alc. ¿Qué tienen? ¿de qué se quejan?
Muger. De que los hombres...
Alc. ¿Qué han hecho?
Petr. Que sin honor ni conciencia
pretenden abandonarnos
para dejarnos espuestas
á mil tropiezos.
Blas. Sin eso
demasiado ellas tropiezan.
Alc. Pero y vamos, ¿por qué causa?
Petr. Porque ahora han dado en el tema
de que serán mas felices
sin mugeres.
Ped. Cosa es cierta.
¿De qué sirven unos muebles
que tienen siempre revuelta
la sociedad?
Blas. Ya se vé,
porque como son las hembras
animales imperfectos,
tienen tantas tachas...
Alc. Sea:
pero para hacer justicia
en tamaño pleito, es fuerza
que cada cual relacione
las causas que le violentan
á tal determinacion.
Juan. Yo sólo digo que es puerca:

¿la vé usted con tanto moño
y tanto jubon de seda?
pues interiormente huele
á cochambre; de manera
que en llegando el mes de julio,
mas que un muladar apesta.
Ana. Mientes, picaron: tú sí
que vienes de la taberna
todas las noches, echando
un tufo que me mareas.
Juan. Yo soy tonelero, y tengo
con el montañes mis cuentas.
Alc. Silencio: diga usted ahora.
Dieg. Señor alcalde, quisiera
no mover los labios: pero
pues es preciso, usted sepa
que es mi dichosa muger
la mas solemne coqueta
que se hallará en toda España.
En mirándola siquiera
un mozo, pone los ojos
lo mismo que candilejas:
entonces sigue la risa,
el arqueamiento de cejas,
los gesticos, las guiñadas
y otras docientas mil muecas
con que se divierten otros
mientras yo arrojo las muelas:
luego que entra un regimiento
en el pueblo, á la hora y media
sube á mi casa el tambor,
el sargento y la caterva
de oficiales, que me gastan
los umbrales de la puerta:
pero lo que siento es
que no salen los que entran,
pues aunque yo al despedirse
páso lista, se me cuelan
por las rendijas; de modo
que una noche encerrando á tientas,
hallé á un señor capitan
alojado en la dispensa.
Juana. Es un bribon malicioso:
Dime, infame ¿tú me afrentas,
cuando todos los maridos
han presentado mil quejas
contra tí?
Dieg. Aquí no se trata
de semejante materia:
lo que digo es que no quiero
mas muger.
Alc. Enhorabuena:
esponga usted sus motivos.
Ped. ¿Conque he de soltar las velas
á la lengüecita? ¡Bueno!
¿No tiene esa muger señas
de una tonta? Pues lo es:
pero hablando con franqueza,
mire usted no sentiria
naita que no tuviera
la é Salomon, pues yo
no estudié ninguna ciencia;
lo que me da á mi corage
tan solo es el que no tenga
una pizca de zandunga.
¿Quiere usted creer que seis felpas
le he dado porque aprendiese
el zorongo, y no le entra?
Vaya, si á la tal muger
el alma se le pasea
por el estómago; yo
la verdad, mejor quisiera
una muger que al andar
alzára una polvareda
en las calles, porque siempre
puede un hombre contenerla
con un poco de azebuche;
pero estas panfilas, estas
que al atravesar un caño
se les caen las caderas...
¡Dios me libre! mejor quiero
aprender á anacoreta.
Pep. Mire usted me llama sosa;
porque no soy como aquellas
con quienes él trata: este pago
recibo por ser modesta.
Ped. ¿Qué tiene que ver ahora
el garbo con la modestia?
Sobre todo, no me gusta
aguantar mas á las hembras.
Alc. Callen la boca y que diga
el maestro de la escuela.
Blas. Yo de lo que me querello
es de la naturaleza

de mi muger; en seis años
que há que nos unió la iglesia,
ha dado al mundo diez niños
que me comen por las piernas:
¡vaya, si estoy aburrido!
En entrando por las puertas
salen como diez leones
con tantas bocas abiertas,
pidiéndome pan; los unos
de la capa se me cuelgan,
otros me muerden las manos,
y aun los chicos que gatean
se pusieron ayer tarde
á chuparme las orejas
de los zapatos. ¡Qué bocas!
Me han hecho vender las prendas
que tenia, y lo que siento
es que ya tiene sospechas
mi muger, de echar de un golpe
lo menos una docena:
conque por tanto he resuelto
antes que cubra la tierra
esa peste de gazapos,
despedir á la coneja.
Petr. No es esa la única causa,
hombre malvado, no es esa;
sino que á cada real
que se gasta, te atraviesan
el corazon: dí, tacaño,
¿no te produce la escuela
para mantener tus hijos?
Blas. ¡Qué producir! si se llena
solo con ellos, ¿acaso
en todo el pueblo se encuentran
otros chicos que los mios?
Petr. Pues, infame, ¿no confiesas
que son tuyos?
Blas. Lo confieso
piadosamente.
Petr. Pues piensa
en mantenerlos.
Blas. Lo haré;
pero no quiero que crezca
la familia.
Petr. Verganton.
Alc. Silencio: que la cabeza
la tengo ya mareada
de escuchar tanta simpleza.
Muger. Señor alcalde, justicia.
Alc. Yo les prometo el hacerla.
Que se eche un bando, escribano,
en que mando, bajo pena
de un año de calabozo,
que salgan al punto fuera
de este pueblo y su distrito,
casadas, mozas y viejas;
y á mayor abundamiento
mando tambien, que no puedan
los hombres salir del pueblo
hasta nueva providencia.
Esto proveo.
Muger. ¿Señor,
tal injusticia?
Alc. No tengan
que replicar.
Homb. Viva, viva
el alcalde.
Blas. Vida nueva,
compañeros: todo el mundo
haga al punto sus haciendas
para hacer ver que nosotros
no necesitamos de ellas.
Homb. Vámonos á nuestras casas.
Blas. Alzad la mano derecha
y echemosles para siempre
la bendicion á las hembras.
Homb. Dios os dé feliz viage.
Les echan la bendicion y se entran en las casas.
Petr. ¿Es justo que se consienta
este desprecio?
Pep. ¿Es posible
que diese usted tal sentencia?
Muger. ¡Infelices de nosotras!
Alc. Señoras, cesen las quejas
y no piensen que procedo
contra ustedes, pues mi idea
es tan solo escarmentarlos
para que ellos mismos vuelvan
á suplicarles á ustedes.
Muger. ¿Mas de qué modo?
Alc. Eso queda
para despues; ahora vayan
y ocúltense en mi bodega

y no salgan hasta que
las ordene yo que vengan.
Petr. Cuidado, señor alcalde,
no se frustren sus ideas
y quedemos ni casadas,
ni bien viudas, ni solteras.
Alc. Yo sé bien lo que me hago,
no desconfien.
Petr. Pues ea,
vamos á nuestro destierro.
Muger. Vamos, juez, hasta la vuelta.

Vanse y sale Juan de su casa con una silla, almohadilla y una media y cose.

Juan. Pues estamos (á Dios gracias)
libres de la impertinencia
de las mugeres, cojamos
unos puntos á estas medias,
que ya de puro cogerlos
se van andando á carrera.
¡Jesus, qué tranquilidad!
Es fuerza hacer una fiesta
á san Marcos, por habernos
librado de esta epidemia.

Sale de su casa Diego con un anafe, puchero y soplador ó fuelles.

Dieg. Vecino, Dios guarde á usted,
doy á usted la enhorabuena
de verle tan descansado.
Juan. No mucho, porque la seda
se me ha quebrado dos veces
y tengo poca paciencia.
Dieg. Siempre á los principios es
penosa toda tarea:
á mí tambien cuatro veces
se me ha pegado la mecha,
y lo tolero gustoso
por verme libre de aquella
que para sierpe le faltan
solo las uñas y aletas.
Juan. Vecino, qué buena vida
nos pasaremos.
Dieg. Me pesa
no haber antes conocido
el descanso que me espera.

Sale por su puerta Pedro con un librillo y ropa sucia para labar.

Ped. Dios guarde á ustedes, vecinos.
¿Parece que se menea
la gente?
Dieg. Es preciso hacer
lo que hacian esas hembras
de Barrabás. *Ped.* La del humo,
que yo por mí, ni á la Pepa
ni cosa que huela á enaguas
necesito. *Juan.* ¡Qué maletas!
Ped. Voy en cuatro manotadas
á lavarme la decencia;
arremángome las mangas
de la camisa. *Dieg.* ¡Que tengan
valor algunos autores
para llamar á las hembras
el consuelo de los hombres!
Ped. El que escribió esa tontera,
estaria amartelao
con alguna mugerzuela,
y usó de la jonjanilla
para ponerla mas ciega.

Sale Blas con un niño de mantillas y una silla baja.

Blas. ¡Gracias á Dios que está el pueblo
tranquilo! miren qué escena
tan agradable á los ojos
de Dios y del mundo: apenas
se oye un resuello, si fuesen
mugeres habria una gresca
que tres leguas en contorno
la griteria se oyera.
Ped. ¿Cómo vá, señor Don Blas?
Blas. Sin las mugeres es fuerza
que nos vaya bien: ahora
procuremos que se duerma
esta criatura: que gloria
es vivir... *Dieg.* ¡Maldito sea
el anafe, la torcida,
el puchero y la molesta
necesidad de comer!
Blas. ¿Qué maldiciones son esas?
Dieg. ¿No tengo de maldecir,
si no hay forma que se encienda
el carbon, y de soplar
ya la mano me hormiguea?

Blas. Qué se ha de hacer, es preciso
lo llevemos con paciencia
por no lidiar con muger.
¡Jesus! desde hoy sin ellas
reinará la paz. *Juan.* Malaya
una y mil veces la seda:
no sé cómo me detengo...
Blas. Amigo, tenga usted flema,
que algo se ha de tolerar
por la fortuna estupenda
de haber salido de maulas.
Ped. ¡Caramba! que me baguea
el espinazo, de tanto
meneo como me cuesta;
sobre que si no se limpia,
baila el librillo en las piedras
el cachirulo. *Blas.* ¡Hijo mio!
¿Te has vuelto perro de presa?
Ya se ha tragado un boton.
Maldito, duérmete apriesa,
porque si me enfado, pones
en los suelos la mollera:
voy á cantar un poquito
para lograr que se duerma.
Canta. Un muchacho sevillano
en el prado de la córte,
quiso arrimarse á una mula
y le pegó un par de... trómpoli
qui trómpoli, qui trómpoli,
que caigas;
y le pegó un par de cozes,
y le pegó un par de cozes
en las espaldas, de modo
que tuvo el pobre mancebo
mucho tiempo que andar
trómpoli, &c.
Repres. ¿Si se habrá dormido? Nada;
parecen un par de estrellas
los ojos, ¿á que me enfado
y se los tapo con brea
para que jamás los abra?
¡Mas qué veo! ¡Santa Tecla!
otro boton se ha mamado.
¡Pobre casaca! de esta hecha,
se chupa botonadura,
paño, forro y entretelas.
Dieg. Señor Don Blas, me parece
que usted tambien se impacienta.
Blas. ¿No tengo de impacientarme,
si el niño tiene una lengua
como un puñal de Albacete,
que destroza cuanto encuentra?
Vean ustedes qué abugero
me ha hecho en la casaca nueva.
Duérmete, demonio: creo
que hoy no podré abrir la escuela.
Juan. Anda con cinco mil diablos,
que aunque descalzo me vea,
no vuelvo á tomar la abuja. *lo tira*
Dieg. Reniego de la candela, (*todo.*
del puchero y del carbon,
y reniego de mi abuela. *hace lo mis.*
Ped. Ea, llegó ya san sacabo, *id.*
sobre que tengo desechas
siete costillas de hacer
cortesías á las piedras.
Blas. Maldito, ¿quieres sacarme
las entrañas? Anda fuera *id.*
que yo no tengo qué darte.
Juan. Pero qué haré yo sin medias.
Dieg. ¡Triste de mí! que no como
y se me anda la cabeza
de necesidad. *Blas.* Mi hijo,
¿cómo ha de pasar sin teta?
Ped. ¿Saben ustedes, que no puedo
mudarme de ropa, si Pepa
no maneja este fregao?
Dieg. ¡Ah Juanita! si me vieras,
¿qué diriais? *Blas.* Hijo mio,
que se me muere; ¡ay mi Petra!
Ped. Lo hemos errado.
Juan. ¿Y qué hacemos?
Dieg. ¿Qué hacemos?
Don Blas resuelva.
Blas. Pidamos nuestras mugeres.
Dieg. Señor alcalde...
Sale el alc. ¿Qué bulla es esta?
¿Qué quieren? *Tod.* Nuestras muge-
Alc. Ya está dada la sentencia. (res.
no hay remedio; no han de entrar
las mugeres, mientras tenga
yo la vara.
Blas. Por los santos *de rodillas.*
que el almanake celebra

vuélvame usted mi muger.
Ped. Por Dios que de mí se duela.
Tod. Dénos usted las mugeres. *de todi.*
Alc. Veremos si quieren ellas.
Salgan ustedes.
Salen por la puerta del foro las mugeres.
Dieg. Mi bien... *Blas.* Dulce mona...
Ped. Mi morena... *Mug.* Quitad, falsos.
Homb. No podemos.
Petr. ¿A dónde estan las protestas
de no vivir con mugeres?
¿No deciais que las hembras
eran causa de discordias,
de ruinas y tragedias?
¿No aconsejabas á todos *à Blas.*
que de nuestro trato huyeran,
porque nuestro aliento solo
infestaba las conciencias?
Pues, ¿por qué me huscas? dí.
¿Por qué ahora humilde me ruegas,
hombre débil? *Blas.* Por ser débil,
yo juzgué que eran de piedra
los hombres; pero ya veo
que es tanta nuestra flaqueza,
que somos sin vuestro ausilio
unos mamelucos. *Dieg.* Juana...
Ped. Pepa... *Mug.* Sois unos falsos.
Ped. Yo te prometo la enmienda.
Blas. Yo mantendré la familia
aunque estés como una clueca.
Alc. Perdonadlos. *Petr.* ¿Confesais
que sin las caricias nuestras
fueran mas nuestras desdichas?
Tod. Sí confesamos.
Pet. Pues ea:
Yo os perdono por todas;
levantad del suelo, y sepan
los hombres que nos injurian
que todas nuestras flaquezas
nacen de la educacion
que tenemos, pues nos niegan
los recursos de ilustrarnos;
mas la que por dicha llega
á cultivar sus talentos
con la virtud y las letras,
es el consuelo y delicia
del hombre, la complacencia
de la sociedad, el ejemplo
del amor y la firmeza,
y por fin, mientras exista
el globo terrestre, es fuerza
que vivan todos los hombres
esclavos de las bellezas,
pues quien no cede á su imperio
será un tronco, ó será piedra.
Homb. Vivan las mugeres, vivan.
Alc. Y dando fin á la idea,
Todos. Pidamos todos rendidos
perdon de las faltas nuestras.

FIN.